

con solas las palabras de la boca. Y así como es amor de palabras, cuando se tuerce la intencion á huir el propio daño; así tambien lo es cuando se inclina á buscar su propio provecho, como se lo dijo el Salvador á los que despues del convite del desierto se embarcaron para buscarle de la otra parte del mar. De verdad os digo que si me buskais, no es para creer en mí por los milagros que habeis visto, sino porque os dí de comer, y quedasteis hartos y contentos¹. La segunda señal es, cuando estos tales no se ejercitan en otras obras, sino en aquellas de que inmediatamente resulta, ó su interés, ó su vanidad, ó su consolacion, olvidándose de otras obras ó más penosas ó más obligatorias, y que son más del gusto de Dios, y en que está uno más lejos de buscarse á sí mismo. Porque de éstos son de quien se dice²: *Nec fideles habiti sunt in testamento ejus*. No le guardan á Dios la palabra, ni son fieles y puntuales en cumplir el asiento que hicieron con Dios: hurtan el cuerpo á las obras que son de la obediencia y gusto de Dios, y quieren hacerle pago con las que son de su provecho; y por eso se dice, que no tienen lealtad en cumplir lo que asentaron con Dios, y que su amor es de solas palabras.

¹ Joann. VI, 26.— ² Psal. LXXXVII, 37.

CAPÍTULO XI.

QUE EL AMOR FINGIDO, Y DE SOLAS PALABRAS SE PUEDE HALLAR TAMBIEEN EN LOS AFECTOS INTERIORES DE LA VOLUNTAD.

NO es mucho de maravillar que en las obras exteriores se pueda hallar ficcion y cumplimiento, que se juzgue de solas palabras, cuando falta la voluntad y la intencion, que son la vida y el alma, pues la obra exterior es como el cuerpo. Porque así como no era reverencia verdadera la que hacian á Jesucristo nuestro Señor, los que hincando por una parte la rodilla para adorarle, por otra levantaban la mano para herirle; así no es amor verdadero de los que haciendo por una parte algunas obras de piedad y devocion, que parece que son en honra de Dios, por otra parte le deshonan y ofenden. Y así como no era amor verdadero de Jesucristo nuestro Señor el de los que le seguian por sólo el interés de la salud ó mantenimiento corporal; así no lo es de los que hacen sus buenas obras por buscar su provecho ó excusar su daño. Porque á los primeros les falta la buena voluntad de obedecer á los mandamientos de Dios, y á los segundos la recta intencion de servir y complacer á la divina bondad por sí misma, y no por temor de penas ni esperanza de premios, aunque de esto deben tambien ayudarse. Lo que tiene mayor dificultad es, que en los afectos dulces y amorosos de la voluntad, y en los gus-

tos de la contemplacion se puede hallar amor fingido y de solas estas palabras; y esto es lo que pretendemos declarar y probar en este capítulo.

Para cuyo entendimiento se ha de presuponer, que en la caridad hallamos dos cosas: el afecto y el efecto. El afecto es aquel con que muchas veces se enciende el espíritu para quererle á Dios sus bienes, gozarse y alegrarse de ellos, para desear servirle y que todos le sirvan. Donde entra aquel afecto con que le agradece sus beneficios, y se compadece de sus dolores, y se confunde de las faltas hechas en su servicio, y pide y espera el remedio de sus necesidades. El efecto de la caridad es cuando además de aquella dulzura y suavidad del amor, tiene eficacia para obrar, y se extiende al cumplimiento de los mandamientos, y á abrazar los consejos, y conformarse cuanto es posible en esta vida, con el beneplácito de la divina voluntad. La caridad en el efecto se nos manda, como dice san Bernardo ¹, para nuestro mérito; la caridad en el afecto se nos da para nuestro premio. De la caridad afectuosa son aquellas palabras ²: «Así como desea el ciervo la fuente de los aguas, así mi alma á tí mi Dios. Mi alma tuvo sed de Dios, que es fuente viva; ¿cuándo se llegará la hora de parecer delante de su presencia?» «Amete yo, Señor, fortaleza mia, el Señor es mi firmeza, mi refugio y libertador. Tu nombre y tu memoria en el deseo de mi alma ³, etc.» y otras semejantes. De la caridad eficaz y obradora son aquellas palabras: «Juré, y determinéme de guardar los mandamientos de tu justicia. Por las palabras de tu boca anduve yo por caminos ásperos, y duros;» y otros muchos

¹ Serm. 50 in Cant. — ² Psalm. XLI, 2, 3. — ³ Ibid. XVII, 2, 3; Isai. XXVI, 8.

sentimientos semejantes que están por todo el salmo 118.

Lo segundo, se ha de advertir que estos afectos tiernos de la caridad, unos son verdaderos, pero son flacos, otros no son verdaderos sino fingidos; y á los unos y á los otros cuando faltan las obras, con razon los llamó el glorioso san Bernardo ¹: Amor dulce y engañoso. Dulce es, porque deleita; y engañoso es, ó porque parece afecto de verdadera caridad, y no lo es; ó si es verdadera caridad, se puede llamar engañoso, porque se da un hombre á entender por aquel afecto dulce y tierno, que ya es santo y perfecto, como quiera que aquella caridad sea flaca é imperfecta; y por cualquiera de estas causas que este amor sea engañoso, por las mismas se puede decir, que no es más que palabras de cumplimiento. De esto segundo, cuando la caridad, aunque sea verdadera, es flaca para obrar, diremos en el capítulo siguiente. Ahora diremos algunos sentimientos, que aunque parecen de caridad, y de buen espíritu, en la verdad no lo son, y no se puede juzgar acertadamente de estos sentimientos, sino por las obras que procedan de ellos.

Porque primeramente no se puede dudar, sino que las consolaciones divinas que nacen del trato familiar con Dios, á los que están poco ejercitados los suelen llevar á soberbia, y á dureza de juicio, y amor de su propio interés y descanso, más que al amor del servicio y gloria divina. Porque si esto no fuera así, no fuera doctrina comun de los santos, que suele Dios quitar á tiempo estas consolaciones, para humillar y purificar las almas, que suelen por su imperfeccion y flaqueza tomar ocasion de los dones de Dios para envanecerse y regalarse: y por eso se las quita Dios, para que con el peso de

¹ Serm. 2 in Cant.

la tribulacion aprendan á humillarse y á conocer su pobreza, y á buscar puramente á Dios en sus ejercicios, más que su propio consuelo. Pues supuesto que es verdad, como lo es, que muchas veces las almas flacas é imperfectas suelen envanecerse y enamorarse de sí mismas con los dones de Dios, ¿quién dirá cuando sienten esta alegría que les parece espiritual, si se alegran de la vanidad ó de la verdad? Y cuando sienten estos afectos de amor, ¿si son de amor de Dios, ó de amor de sí mismos? El fariseo daba gracias á Dios, que no era como los demás hombres adúlteros y robadores, como lo era tambien el publicano que estaba presente ¹. ¿Quién nos dijera, sino que estaba lleno de alegría espiritual y de devocion este hacimiento de gracias? y no era sino vana ostencion de sus gracias, y desprecio del publicano; y la alegría que sentia no era de Dios y en Dios, sino en sí mismo, porque se imaginaba mejor que los otros hombres.

Habiendo dicho san Buenaventura, que la devocion y alegría espiritual suele ser señal de haber alcanzado uno de Dios lo que le pide, añade, que en esto puede haber engaño; porque el espíritu del hombre con el deseo de la gracia que pide, y con el pensamiento que ha de venir á alcanzarla, suele alegrarse y derramar lágrimas, aunque ni tenga alegría espiritual, ni devocion que sea de Dios. Como sucede muchas veces, dice este santo ² que desea uno por sola vanagloria la gracia de predicar, ó el don de profecía ó de hacer milagros, ó cosa semejante; y el corazon entretenido y burlado con vanas fantasías imaginando que ya se halla con aquellas gracias que desea, y que ya está predicando, convierten

¹ Luc. XVIII, 11.— ² Profect. relig. VII, c. 19.

do las almas y haciendo milagros, se alegra y se entenece con vanagloria y vana alegría. Esto dice san Buenaventura, con que nota estos afectos, que pareciendo devotos, son llanamente vanos y ociosos. Y lo que más es, el mismo santo dice, que ha habido algunos que con ocasion de algunas visiones ó de sentimientos al parecer espirituales han sido movidos á delectaciones torpes y carnales, pensando que no solamente queria Dios consolar su espíritu, sino su cuerpo tambien. ¿Quién no ve estos engaños? y que estos sentimientos, aunque á los hombres ilusos parecen devotos, en la verdad son viciosos, y por el consiguiente no solamente estériles para las obras virtuosas de que se sustenta la verdadera caridad, sino carnales y diabólicos, y aparejados para irse cada dia despeñando en mayores vicios y en más perjudiciales errores. De lo cual tenemos bastante testimonio no solamente en lo que hallamos escrito de las ilusiones que muchos hombres tenidos por espirituales han padecido en los tiempos pasados, sino de lo que por nuestros pecados cada dia vemos y experimentamos en los tiempos presentes.

Del temor de estos peligros suele nacer aquel cuidado y congoja que dice san Buenaventura ¹, que es muy ordinario en los que se dan á la devocion, principalmente en los principios, si por ventura la consolacion que sienten es de Dios ó no, sino de su propio conato, ó por ventura procurada del demonio. La cual tentacion, dice este santo, que suele ser muy importuna, y poner muchos á riesgo de dejar los ejercicios de devocion, y contentarse con hacer algunas buenas obras, y rezar algunas

¹ Profect. relig. VII, c. 21.

oraciones vocales, como camino más llano y seguro, sin meterse en otros peligros ni honduras. Esta es manifiesta tentación y una cobardía muy semejante á la de aquel siervo perezoso, que por no perder el talento le escondió, y no quiso grangear con él. Pero obliganos este peligro á examinar con discrecion espiritual nuestros afectos y sentimientos interiores, y mirar con atencion si son estériles ó si tienen fruto de buenas obras, porque las obras son indicio cierto del verdadero amor.

Tenemos para esto dos reglas excelentes de discrecion de nuestro santo Padre, que son la cuarta y quinta de las segundas, que dicen así: *La cuarta, propio es del ángel malo, que se forma sub angelo lucis, entrar con la ánima devota y salir consigo: es á saber, traer pensamientos buenos y santos, conforme á la tal ánima justa, y despues poco á poco procura de salirse, trayendo á la ánima á sus engaños cubiertos y perversas intenciones. La quinta, debemos mucho advertir el discurso de los pensamientos: y si el principio, medio y fin es todo bueno, inclinado á todo bien, señal es de buen ángel; mas si en el discurso de los pensamientos que trae acaba en alguna cosa mala ó distractiva, ó menos buena que la que el ánima antes tenia propuesta de hacer; ó la enflaquece, ó inquieta, ó conturba al ánima, quitándola su paz, tranquilidad, y quietud que antes tenia, clara señal es proceder del mal espíritu, enemigo de nuestro provecho y salud eterna.* ¿Qué más claro se pudo decir el punto que ahora vamos tratando? conviene á saber, que no todos los pensamientos que parecen buenos son del ángel bueno, ni todos los pensamientos que parecen santos y devotos son del Espíritu santo; y que la regla que podemos tener para conocerlos, es el fruto que procede de ellos, que son las obras buenas, ó las obras malas: *Porque si en el discurso de los pensamientos el principio, medio*

y fin es todo bueno, esto es, inclinado todo á bien, señal es de buen ángel; mas si en el discurso de los pensamientos acaba en alguna cosa mala, ó distractiva, ó menos buena, clara señal es proceder de mal espíritu. Y la razon está clara. Porque aunque el ángel malo procura muchas veces disimularse, *entrando con el ánima devota*, esto es, haciéndose como de su parte, y como quien quiere ayudarla con buenos y santos pensamientos; pero cuando la tiene asegurada, *poco á poco procura de salirse, trayendo al ánima á sus engaños cubiertos y perversas intenciones, porque es enemigo de nuestro provecho y salud eterna.*

Luego segun esto, buenas y malas obras son las que descubren, si mueve el espíritu malo, y si el amor es verdadero ó es fingido. Porque si no miramos más que á los afectos y conatos de la voluntad, ¿quién conocerá esta diferencia, pues suelen éstos ser muy semejantes hasta que se descubren en las obras? Y como está escrito en Job, las plumas del avestruz muy semejantes son á las de la garza ó del gavilan, ó neblí; pero, como dice san Gregorio sobre este lugar ¹, siendo tan semejantes en las plumas, no lo son en el vuelo; porque el avestruz levanta las alas, y pone conato y fuerza para volar, pero con el peso del cuerpo no se levanta de la tierra, como quiera que las otras aves se levantan y vuelan libremente por el aire: así, dice, son los hipócritas, que en la apariencia tienen plumas para volar, pero con las obras andan arrastrando por la tierra. Y si se lee con atencion lo que este santo varon enseña, hallaremos que reduce á las obras el vuelo de los verdaderos contemplativos, y á la falta de ellas el no poder volar los hipócritas, aunque hacen su esfuerzo, levantando y batiendo las

¹ Greg. lib. 31, Moral., c. 8; Job XXXIX, 13, 18.

alas como el avestruz. Con razon, dice este santo, la persona de los escogidos está significada en la garza ó en el neblí; los cuales en tanto que viven, aunque no pueden pasar sin que se les pegue algun polvillo de la culpa, y este peso los abate y deprime; pero la fuerza de sus muchas buenas obras les hace levantar el vuelo á lo alto. Y por el contrario, el hipócrita aunque haga alguna cosilla de virtud que le levante, pero son muchas las cosas que comete, que le apegan y detienen, etc. Esto es de san Gregorio. De lo cual se concluye, que las obras virtuosas son la prueba del verdadero amor, y las que ayudan al espíritu para que se levante sobre sí mismo en verdadera contemplacion; y que cuando faltan estas obras, se puede temer que el amor es de solas palabras, y los afectos y sentimientos fingidos, que pareciendo que levantan las alas para volar á lo alto, se quedan sobre la tierra, porque no buscan á Dios con amor de caridad, sino con la atencion torcida se buscan á sí mismos.

CAPÍTULO XII.

QUE LA CARIDAD, CUANTO ES MÁS PERFECTA, TANTO SE
DESCUBRE MÁS EN LAS OBRAS.

Si miramos con atencion la doctrina de los capítulos pasados, hallaremos: lo primero, que no es verdadera caridad la que se pone en algunas obras exteriores,

que no son más que una pura y desnuda ceremonia, y como una cortesía de palabras dichas con la boca, que mientras el corazon anda lejos de Dios y de la conformidad con su voluntad, se tienen por un puro cumplimiento. Lo segundo, tampoco son obras que proceden de verdadera caridad las que se hacen con intencion torcida, no por el mayor servicio divino, sino por el propio interés, huyendo de nuestro daño y procurando nuestro provecho; lo cual es muy propio, ó de los esclavos, que hacen plegarias y rogativas para excusar algun castigo, ó de los lisonjeros y pretendientes, que honran, alaban y hacen dones por sacar algun beneficio. De esta manera trataban con Dios aquellos de quien dice el Salmo ¹: «Acuérdanse que Dios es su ayudador, su amparo y su redentor. Pero todos éstos son amores que están en la boca, y mentiras que dicen con la lengua; porque su corazon no anda á las derechas con Dios, ni han sido fieles en guardar sus mandamientos.» Lo tercero, que este mismo engaño se puede hallar en los afectos interiores del corazon; porque no todos los que parecen buenos, lo son; y así como los frutos descubren qué tal era la semilla de donde nacen; así las buenas ó malas obras declaran, qué tales eran los pensamientos de donde proceden.

Vengamos ahora á otro caso que sucede muchas veces, cuando el afecto y sentimiento es en sí mismo bueno é inspirado de Dios, aunque la persona que le recibe es imperfecta y mal habituada; y es, como decia san Diadoco, como el hombre que en el invierno se pone al sol cuando nace, que por la parte que le da el sol tiene algun calor, y por la que no le alcanza, padece

¹ Psalm. LXXVII, 35-37.